

Agujero negro

2 de julio de 1867

La abuela me ha regalado una libreta por mi cumpleaños. No tengo muy claro qué puedo escribir en ella. Michael ha tenido un momento de inspiración y me ha sugerido que anote el número de novias que he tenido hasta ahora. No lo he despellejado vivo porque mamá me lo ha impedido.

10 de septiembre de 1867

Nos mudamos. Papá dice que le ha salido un buen trabajo. A mí el cambio me parece una gran idea. Ahora vivimos una casa vieja y destrozada, en un lugar solitario, a las afueras de la ciudad. No hay ni personas ni animales.

12 de septiembre de 1867

Michael ha estado llorando durante toda la noche y hoy no ha querido desayunar. Se ha pasado el día dando vueltas por la casa agradeciendo por su servicio a cada uno de los muebles.

13 de septiembre de 1867

Papá me acaba de contar que no podremos llevarnos a nuestra perra, Laica. Dice que es muy vieja y que no aguantará el viaje. Tonterías. Es cierto que no se encuentra muy bien, pero yo la cuidaré. Estoy muy enfadado, pero no me atrevo a contradecirlo. Sería peor. Al menos me ha permitido llevarme a su hijo, Jimmy.

17 de septiembre de 1867

Ahora Michael ha tenido la fantástica idea de agradecer a las flores del jardín su contribución en la decoración de la casa. Está muy aburrido el pobre. Creo que necesita echarse novia. Un cambio de aires no le sentará nada mal.

28 de septiembre de 1867

Nos vamos en dos semanas. Todos están nerviosos. Papá cierra sus negocios, mamá continúa despidiéndose de las vecinas y Michael ha recorrido la casa entera varias veces dando las gracias.

1 de octubre de 1867

Cuando he vuelto de la escuela, papá me ha dicho que debemos sacrificar a Laica. Está completamente ciega y ya no puede moverse. He intentado impedirlo, pero mis lágrimas no han sido suficientes y la sangre de mi perra ha manchado el suelo. Ahora me toca cuidar a Jimmy en lugar de su madre.

4 de octubre de 1867

Nueva casa. La gente es muy rara. Cuando papá ha preguntado a un campesino en qué dirección estaba nuestro nuevo hogar, este ha salido corriendo. Decía que huyésemos mientras estuviéramos a tiempo. Demasiado tarde. La casa es muy interesante para abandonarla. Hay que ser valiente y enfrentarse a los miedos, ¿no? Pues eso.

7 de octubre de 1867

En la escuela, los niños dicen que mi casa está embrujada. Qué envidia tienen. Es una casa enorme, bien cuidada, con un amplio jardín y una fuente.

15 de noviembre de 1867

Jimmy ha desaparecido. La última vez que lo vi fue ayer, que ladraba hacia la pared. Estoy empezando a preocuparme.

18 de noviembre de 1867

No ha aparecido. Pero hay otro problema. Papá tampoco está.

20 de noviembre de 1867

Mamá, con los ojos enrojecidos, intenta convencernos de que no pasa nada. Pasan los días y papá no vuelve.

24 de noviembre de 1867

¿Dónde está mamá?

30 de noviembre de 1867

El bocazas y estúpido de Michael no aparece por ningún lado. ¿Qué hago? Sé que no puedo irme de aquí.

30 de noviembre de 1877

Hoy se cumplen diez años de la desaparición de mi querido hermanito Michael. No he vuelto a anotar nada desde aquel día en el que me quedé completamente solo, enfrentándome a una amenaza que no tiene nombre. No lo tiene, pero está dotada de una maldad infinita. Tampoco tiene forma, es una mancha oscura. Es una despiadada y cruel sombra. Ya me he acostumbrado a ella. Muchas noches me susurra y me llama. Me busca y me pide que me quede con ella. Pero no me hace daño. Al menos a mí no.

2 de diciembre de 1877

Nunca la he visto directamente, a veces se ha reflejado en el espejo por unos segundos. No he pensado en marcharme ni un solo día. Siempre tuve la esperanza de que la sombra me devolvería a mi familia. Esta noche iré a verla. Ya te contaré cómo me ha ido.

Releo el diario que he encontrado al lado de la pared, justo cuando he entrado por la puerta. Es muy extraño. En primer lugar, pertenece a un muchacho que vivió en esta casa hace cien años. Por otra parte, habla de una sombra malvada que hacía desaparecer a su familia. Aquí pueden pasar dos cosas: o el chiquillo estaba desequilibrado o tenía mucha imaginación. Hago pasar mi ligero equipaje al interior de la casa y me tumbo en un sofá. Estoy exhausto, pero he tenido bastante suerte. Para un extranjero es difícil encontrar una casa cuyo precio no esté por las nubes. Es más, esta prácticamente me la han regalado. Después de un momento de paz y sosiego, comienzo con las labores de arreglo.

Nunca he visto ninguna casa con tanto polvo. Se nota que nadie ha pasado por aquí desde hace mucho tiempo. Comienzo a explorar y compruebo que es enorme. Hay miles de pasillos que dan acceso a numerosas habitaciones. Se me ha olvidado por que escalera he subido y creo que me he perdido. Estoy en una parte muy oscura en la que no llega ni un atisbo de luz. Si no fuese porque estoy muy emocionado, diría que esta habitación da miedo. Hasta las arañas están cubiertas de polvo.

Pero es una sensación muy diferente a la del asco por la suciedad. Es como si en mi interior algo me estuviese diciendo que me marchase. Corre. Me cuesta respirar. Corre. Me mareo. Corre. Veo algo en la pared. Corre. Es una verdad espeluznante y atroz. Una sombra se yergue ante mí. Caigo de espaldas y acierto a balbucear un grito de terror. Cuando me tiende una mano, no lo pienso dos veces y con las pocas fuerzas que me quedan salgo de allí. De pronto, estoy de vuelta en el salón. Esta noche no puedo dormir. Pero la siguiente tampoco. Ni la otra. Cada vez que cierro los ojos, la veo. Yo creo en fantasmas, probablemente tenga miedo por el diario. Aunque la he visto y recuerdo su rostro. Tal vez que me esté volviendo loco, pero creo que la sombra que proyecta mi cuerpo está creciendo. Eso es imposible.

En la quinta noche en vela comienzo a pensar con más objetividad. Ya no soy el hombre tímido y huidizo de hace algunas semanas. Ahora una nueva sensación recorre mi cuerpo, haciéndome sentir mariposas en el estómago. Creo que a esto se le llama valentía.

Salto de la cama, me visto y con una pistola que he encontrado en la casa, salgo de mi habitación. Es absurdo, no sé manejarla. No está muy oscuro pese a que mi reloj marca las once y media. Llego hasta el lugar en el que me encontré a la sombra. En la pared hay rastros de tiza negra, pero ella no aparece. Tras una minuciosa inspección, compruebo que no hay ningún indicio de su presencia. Ya se me ha hecho bastante tarde, son las doce y cuarto. Salgo de la habitación y justo cuando paso al lado del marco de la puerta, noto una presencia muy cerca de mí. Hay una sombra mirándome, pero no es la misma. De pronto, todo se nubla. La sombra se yergue y me mira a los ojos. Me está hablando. No se encuentra a mi lado, pero noto cómo su frío aliento para el bombeo de mi corazón. Con una sonrisa triste me dice “Tu corazón ya es negro”.

Tanto ella como el escenario terrorífico que me rodeaban desaparecen para dar lugar a una verdad mucho más cruel. Mi infancia. Rememoro el olor a café y el ladrido del perro del vecino. Aunque no alcanzo a ver a mis padres. Ni siquiera conozco sus nombres. Solo sé que un día en el que yo tenía poco más de un año me arrebataron mi familia y mi hogar. Asesinato, incendio, suicidio... A mí me da igual porque, aunque lo supiese, nada cambiaría. De pronto, me veo en una calle sucia y con el estómago vacío. Noto un golpe en la cara y siento cómo una mancha de sangre recorre mi piel. Oigo risas e insultos. Oigo mis sollozos.

La sombra sabe cuál es mi punto débil y no ha dudado en mostrarme que ella va un paso por delante de mí. Con un cortometraje de un minuto me ha dicho que conoce mi pasado, mi presente y, tal vez, mi futuro. De pronto vuelvo a estar en mi habitación. Toda mi valentía de algunos días atrás ha sido suplantada por un miedo indomable. No me importan las sombras, ni los problemas de esta casa. Solo quiero irme de aquí. En las películas ser el héroe queda muy bien, pero yo me he equivocado de sala de proyección. Soy el personaje secundario, este guion no está hecho para mí. Caigo en un sueño profundo ambientado en una ola de sufrimientos.

Esta mañana no he podido salir de la cama. Tengo miedo. Cada vez que miro la pared, me da la sensación de que las sombras me vigilan. No sé qué puedo hacer. La angustia y el terror se apoderan de mí cuando pienso en dar un paso y tocar el suelo. Pero sé que aunque intente esconderme debajo de las sábanas, me encontrarán. El monstruo está en todas partes y en ninguna a la vez. Recuerdo el diario que leí el primer día. La sombra no le hacía daño al desgraciado que convivió con ellas durante diez años. Lo que realmente me inquieta es que el muchacho no volvió a escribir en su libreta después de anotar que iba a encontrarse con ella. Algo me dice que pronto estaré a su lado. Mi sombra continúa creciendo. Se alimenta de los sufrimientos y yo tengo muchos. Cada noche compruebo con horror que su tamaño ha aumentado, unas veces más y otras menos. Pero nunca para de crecer.

Después de haber leído el diario unas diez veces, me tomo un pequeño descanso. Habla de la pared. Sé que ese es el lugar en el que las sombras viven pero, ¿qué es realmente? Parece como una barrera capaz de controlar a un peligro atroz. ¿De qué nos previene? ¿Separa la vida y la muerte? No, es algo mucho peor. Es una amenaza que va más allá de todo lo conocido y se adentra en un mundo del que no podremos salir. Un agujero negro.

Hoy tampoco he comido nada. Sin embargo, he conseguido responder a algunas preguntas. El muchacho del diario se llamaba John Lewis. Su familia era conocida por las múltiples estafas de su padre. Creo que el hombre tenía una amante, ya que he encontrado cartas que se intercambiaba con una mujer en las que hablan de una relación prohibida. Los objetos que hay esparcidos por toda la casa no quieren decirme más. Y no alcanzo a comprender que el muchacho habla de una única sombra, pero yo ya he visto dos. Tal vez puedan dividirse o solo sea una ilusión. Temo volverme loco. ¿Por qué sigo aquí? Ni mi sombra, que continúa creciendo, ni yo lo entendemos.

Hace unas dos semanas que no he visto a las sombras. Pero sé que están ahí, acechándome, esperando un momento de debilidad. Me visitan en sueños, siempre es igual. Primero me veo joven y fuerte, luchando con valentía contra el peligro. Después un poco más viejo, compruebo que mi espada está oxidada y por mucho que lo intento, no logro limpiarla. Por último, observo que mis manos ya no quieren seguir peleando. Veo cómo mi cuerpo, cansado y destrozado, se entrega y se vuelve uno de ellos. Pero nunca acierto a saber cuál es mi amenaza. Solo oigo a un coro de voces que me llaman. El miedo crece. Es un dolor que me hiela los huesos y que me come por dentro. No puedo confiar en nadie. ¿Quién me va a creer? Únicamente con pensar en ello me mareo. El almuerzo me sube por la garganta y termino vomitando.

Lo que no acierto a comprender es que a pesar del terror, quiero ir a verlas. Es como si me faltase algo y tuviese la certeza de que las sombras me lo van a dar. Siento que ellas me comprenden y me quieren. Aunque no sea capaz de admitirlo, en mi interior sé que quiero estar con las sombras. Salgo de mi habitación sin ninguna defensa. La pistola y el cuchillo se han quedado en el salón. ¿Para qué los quiero? Apenas entro en la sala, aparecen. Como almas en pena, se batan desesperadamente por salir de la pared. Siento como si mi propia sombra, que ahora me duplica, quisiese ir con ellas. No reacciono. Aparecen más y más sombras, este desfile no tiene fin. Me rodean entre las cuatro paredes y comienzan a hablar. Todas dicen lo mismo. *Muchas noches me susurra y me llama. Me busca y me pide que me quede con ella. Pero no me hace daño. Al menos a mí no.* Esa anotación del diario fue de las últimas que John Lewis escribió. A mi también me están llamando.

Mi sombra, que ahora me quintuplica, consigue superar a mis fuerzas y me arrastra con ella hasta la pared. Con los ojos anegados por las lágrimas, me dejo llevar. Estoy cansado de luchar, perdido en el sufrimiento y en el dolor. Quiero desaparecer entre los sollozos que cada noche oigo detrás de la pared. Soy un cobarde. John Lewis sobrevivió diez años al tormento al que fue sometido y jamás olvidó a su hermano. Yo solo he aguantado dos meses. Soy un cobarde. Compruebo con resignación cómo mi sombra me lleva hasta el interior de la pared. Pero ya no hay nada que me obligue a atravesar el muro. La mancha negra de mi corazón se ha extendido y ahora tinta mis manos, mi rostro, mi cuerpo. En el momento en el que cruzo la pared me doy cuenta. Jamás saldré de la jaula de tiza negra. La sombra que llevo dentro ha despertado.